Boletín Científico Sapiens Research
Vol. 4(2)-2014 / p: 1-2 / ISSN-e: 2215-9312
Sapiens Research GROUP

Editorial: ¿Absolutos o relativos?

Por Carlos-Roberto Peña-Barrera (editor en jefe)
editor@sapiensresearch.org

En el colegio, cuando por primera vez me enseñaron el plano cartesiano, pude comprender algo muy importante: que todo debe tener un centro sobre el cual su pueda localizar y se pueda reconocer. Hoy día falta un plano cartesiano en muchos aspectos importantes de la vida y en la vida misma. La ética y la moral están en algo así como una nebulosa, donde para unos lo que experimentan o piensan es relativo, pero para otros es totalmente absoluto.

Bajando del plano de lo abstracto, permítame darle un ejemplo, contarle una historia que pasó hace un par de décadas. A un personaje muy adinerado lo enjuiciaron por promover la pornografía. Se había hecho multimillonario a través de este sucio negocio, que mina las almas de muchos. Este individuo contrató a un astuto abogado que no defendía la verdad ni la justicia, sino la "verdad" de su cliente, sin importar si era o no culpable. Este supuesto defensor exigió que el jurado no tuviera nada que ver con lo religioso, sin importar el credo o cosmología. Quería incorporar personas que fueran "neutras" cuando escucharan la defensa. Y lo logró. El juez accedió y después de varias semanas reclutaron a un jurado no religioso y por el estilo. El público, el acusado, el fiscal y el jurado escuchaban algo que parafraseo de la siguiente manera. "Señores del jurado, ¿alguno de ustedes ha estado en un museo? ¿Alguno de ustedes ha visto en ese museo obras, pinturas, esculturas de desnudos? Pues justamente eso es lo que hace mi cliente. Él es un artista, y lo están condenando de pornografía cuando lo único que él está haciendo es arte, pero de personas de carne y hueso desnudas".

¡Vaya! ¡Qué comparación más absurda! Este tipejo quería enredar al jurado, quería confundirlo, quería que la pornografía no fuera tildada de algo malo sino de algo bueno, de arte, como el de los grandes: Miguel Ángel, Leonardo, y los otros. Quizá para algunos, espero que sean pocos, esto sea arte. Para la gran mayoría, creo que incluso para los mismos "actores" de ese tipo de basura, eso sea basura, sea algo malo, algo que solo aumenta el deseo de la carne, pero insatisface al espíritu y la mente.

Eso, justamente eso es lo que está pasando en muchas esferas de la vida. Antes, cuando era pequeño, casi nunca veía que en un parque alguien se drogara. Estas personas viciosas se escondían, se colocaban en las esquinas o debajo de las sombras para que los demás no se dieran cuenta. Hoy día es uno, somos nosotros los que tenemos que escondernos. Ya sean parques de grandes ciudades, de barrios, de pequeños pueblos, sin importar el lugar donde se halle ese parque, allí están por grupos, en manadas, con la risotada en la cara mientras despepan la marihuana o hacen sombra con sus manos para prender la pipa de bazuco, a la luz de los transeúntes como usted o yo. Ellos ya no esconden sus miradas; nos miran desafiantes mientras la locura les quema su integridad y su aspecto. En muchos casos son estas personas, jóvenes y hasta niños, los que terminan robando o atracando a sus mismos vecinos. Ya no se puede ir a jugar baloncesto, ni fútbol, ni nada de lo que se hacía antes, por lo menos, no con la misma libertad. ¿Por qué? Porque legalizaron la dosis mínima. Porque si se reúnen varios, cada uno con lo mínimo de "leche", "pan" y "huevos", la policía no les puede hacer nada. Y si les hacen algo, a los dos o tres días ya están saliendo, con una risa en la cara, para ir directamente a consumir o traficar.

Para ellos, eso es lo bueno. Para ellos eso no es malo. Para mí, por ejemplo, sí, y se lo digo a mis hijos cada vez que puedo. En ese sentido, a lo malo se le dice bueno y se cree como bueno, pero a lo bueno se le tilda de malo. Eso me recuerda que hace poco, al hablar con un grupo de preadolescentes, me decían que estaban cansados de sus papás. Que no eran buenos con ellos porque no los dejaban ir adonde ellos querían. Que les decían que la música que escuchaban no era edificante. Que la ropa no era la más prudente. Que con quienes estaban no eran verdaderos amigos. Y allí, mientras los escuchaba, recordaba, y creo que se los dije después, que unos días atrás un joven, con lágrimas en sus ojos, me decía que lo que lo había dañado tanto era que sus padres, especialmente su madre, no lo disciplinaba. Que cuando decía groserías, ella aplaudía y decía: "Uy, mi hijo es un lanzado". Que cuando hacía fiestas, grandes rumbas en su casa, lo único que le decían era que no fuera hasta tan tarde. Lloraba y me decía que se había acostado con muchas chicas, que había hecho abortar a algunas, que había apuñalado a otra persona, que había consumido drogas que ni hasta el nombre me acuerdo. Solo se lamentaba de que no hubiera tenido unos padres que le hubieran dicho que lo malo es malo y que lo bueno es bueno. Todos sus espacios estaban relativizados. Las personas con las que andaba eran sus "buenos amigos". Luego de su crisis financiera, todos sus "amigos" volaron.

Aunque ese grupo de chicos escuchaba lo que decía, como que no lo entendía. Se empeñaban, literalmente, a seguir por el camino ancho y espacioso y alcanzar la entrada, el gigante portón que desde todos los ángulos les dice que eso es lo correcto, que desobedecer a sus padres está bien, que hacer lo que todos hacen es lo correcto. Si todos consumen, ellos también. Si todos quieren perder el tiempo en las calles, ellos también. No tienen criterio. Piensan que aplicar moral y ética a su vida es cosa del pasado, cosa de la religión. Se han vuelto en una masa desescolarizada de lo más básico. Desprendida de lo más imprescindible. Atea, ruda y perdida. No están ni aquí ni allá. El aquí y ahora es su vida. El allá es un mito, una locura. Y aunque quizá crean en lo más profundo de su corazón que pueden diferenciar entre lo absoluto y lo relativo, fruncen el ceño y prefieren seguir en el limbo mentiroso de su vida.

Falta anclar nuestro pensamiento a un centro inamovible, verdaderamente trascendente. Falta incorporarnos a la vida con una esperanza infinita, que nos permita saber para dónde vamos, por qué estamos aquí, para qué fuimos creados.

Lo anterior había sido con una manada de chicos, que quizá, para muchos, solo hablan a través de sus hormonas y vida inmadura. Sin embargo, déjeme decirle lo que escuché hace poco en un salón en el que

estaban reunidos investigadores con varios títulos, que habían escrito artículos, libros, impartido ponencias y demás. Lo digo con humildad, porque esto de lo que voy a hablar no es fácil de entender, creo que todavía me falta mucho por comprender. Pero solo un 10% entendía la diferencia entre lo que significa un medio y lo que es un fin. Para ellos, su ejercicio de investigación debía tener como fin alcanzar una letra, una A o A1. Y solo dos personas dijeron que tenía como fin impactar a la sociedad para ayudarlos. Claro, estas dos cosas son totalmente diferentes. Es como el joven que le escucha decir a su papá: "Hijo, haz mucho dinero. Gana todo el dinero que puedas". Se confunde la cantidad con la calidad. Se piensa que tener mucho dinero equivale a ganar, a crecer, a mejorar. No se dan cuenta que esa carrera agota tanto, que se pierde la salud, la esposa, los hijos, los amigos… se pierde el tiempo. Esto lo entienden muy bien aquellos magnates que darían todo su capital con tal de tener siquiera un año de vida más con salud, al menos un mes, al menos un día o una hora… quizá un minuto. Si hubiera habido un minuto más de vida para una familiar de mi esposa, sus hijos se hubieran alcanzado a despedir de su madre. Le hubieran podido decir algunas palabras de amor, de perdón, de agradecimiento. Pero no lo hubo, y no lo habrá.

Luego, cuando le pregunté a uno de los asistentes que cuál era el propósito de su vida, lo que me contestó me dejó frío, y lo hizo con una cara de desconcierto: "Seguir viviendo". ¿Se imagina usted eso? Que una persona tan calificada, tan intelectual, tan, tan, tan no tenga claro cuál es el propósito de su vida. En otras palabras: seguir viviendo, así sea en la miseria; seguir viviendo, así esté solo; seguir viviendo, así lo único que tenga sea comida para no morir de hambre. ¡Qué locura!

Y así, desde los más jóvenes hasta los más viejos, muchos no tienen un referente inamovible desde donde puedan observar si lo que ven está lejos o cerca; es claro u oscuro; es pequeño o grande. Para ellos, todo es relativo. De lo que quizá sí están seguros es que quieren satisfacer sus placeres, y lo que les demanda un sacrificio, eso sí es malo. Es malo madrugar a estudiar. Es malo ver poca televisión. Es malo mucho de lo bueno que de antaño se sabe que es bueno, y se ha comprobado. Son malos los límites, por eso prefieren salirse de los carriles y pensar que están avanzando, pese a que lo único que dan son vueltas y más vueltas. Solo se levanta el polvo, se esparce el fuego y se van agonizando los pasajeros y todo lo que está a su alrededor.

Es absolutamente cierto que los absolutos son verdaderos y necesarios. Necesitamos un norte. Nuestra vida debe girar alrededor de lo absoluto. Ni siquiera los cometas vagan sin sentido, como algunos suelen creer. Estos astros regresan y orbitan con un sentido claro. Por eso defiendo la idea de que nuestro amor hacia nuestro cónyuge debe ser real, absoluto, fiel y verdadero. Si amo, amo hasta que el aliento de vida se me vaya, sin importar lo mucho o lo poco; las posibilidades o las restricciones; la salud o la enfermedad. Porque es una decisión absoluta. No puede ser que hoy sí y mañana no. Y eso es lo que sucede hoy. Mañana se casan, y pasado se separan. Mañana entran a estudiar cierta carrera, pero al siguiente semestre se escapan. No terminan. Ni siquiera empiezan.

Hace un par de días me encontré con un excompañero de carrera universitaria. Tiene casi mi misma edad. Está en un buen cargo público, se está especializando y, en cierto sentido, le está yendo bien. Sin embargo, al preguntarle si se iba a casar con su novia, me dijo que no, que quizá se irían a vivir juntos. Quizá. Luego le dije que si tendría hijos, pero, casi horrorizado, me dijo que no. Entonces, no se quiere casar, no quiere tener hijos. No quiere un compromiso. No se quiere sacrificar. Le dije que eso era tremendamente egoísta. Porque solo está demostrando una cosa: amar las cosas y usar a las personas, cuando es todo lo contrario. Solo quiere ver qué tal le va viviendo con su novia. Si no le gusta o no le gusta a ella, simplemente se separan cada uno a su rincón, como si fuera un ring de boxeo. No quiere ver en los ojos de otro pequeño ser los suyos. No quiere porque, para él, eso no es bueno.

¡Qué irónico! Parejas, cientos de miles de parejas quieren tener hijos pero no pueden por razones de salud. Tienen todo el dinero, el tiempo, pero son estériles. Y muchos que pueden, no los quieren tener; y si llegan a su camino, se creen con la potestad de matarlos antes de cumplir los nueve meses de embarazo. Cada 8 segundos están abortando un bebé. En la mayoría de los casos se abortan porque ese ser y su contexto es algo malo: malo para la madre, malo para el que la dejó embarazada, malo para la familia. Se les olvida que uno de los Diez Mandamientos dice: "No matarás". Sin embargo, eso ya no importa. Porque la ley moral se ha sacado de las escuelas, de las universidades, de los hogares… de los corazones. Hablar de esto es, para muchos, una risa. Se burlan de ello, pero se jactan de sus acciones amorales como si fueran lo bueno.

Tan loco está todo, que con absoluta certeza afirman que todo es relativo, menos la sentencia de que todo es relativo. Eso sí es absoluto. Se ha sacado de las familias la mirada al Eterno Creador. El mandamiento es que no se cumplan los mandamientos. Lo verdadero es lo que me produce placer, así cada vez sea menos y menos, y se deba consumir más, y algo más fuerte.

Creo, como les pregunté a unos reconocidos vicerrectores de investigación de unas universidades del país, que al mirar atrás, a ciertos lugares y momentos, eso era bueno. Era bueno divertirse con los amigos a través de juegos sanos, era bueno tener respeto hacia los padres y los profesores. Hoy, sin embargo, no es que eso no sea bueno, es que se ve como malo, se considera malo. Porque es mejor para los padres de hoy tener embrutecidos a sus hijos cuando los tienen casi las 24 horas conectados a un dispositivo. Estos niños no saben saltar lazo, se aburren si se va el Internet, se enloquecen si se va la luz. Ni siquiera saben lo que es un bocadillo veleño envuelto en hojas secas. Creen que le leche sale de la nevera.

Padres, queridos jóvenes, la solución no es interna. La solución está en el dueño de la vida. No soy mi redentor. No tenemos la potestad de salvarnos. Podemos llegar a tener más dinero, más títulos, más publicaciones, más viajes. Sí, pero no podemos comprar un minuto más en la vida. No tenemos la llave que abre las puertas eternas. Solo en Él, en Dios, en su Hijo Jesucristo podemos tener un futuro seguro, aunque tengamos que vivir afrontando dificultades, enfermedades y cosas que no quisiéramos vivir. Pero vale la pena. Vale la pena bajar la cabeza, cerrar los ojos, reconocer que todo no nos pertenece, que es prestado, que cada minuto es un regalo, que no se come porque este servido en la mesa, sino porque otros lo cultivan, lo cosechan, lo preparan y lo sirven. Y todavía más, que su agua, su sol, su poder es el que permite que todo crezca, viva, que coma, que pueda escribir, ser, tener y hacer.

Reconocerlo, pedirle su perdón, que sea el dueño de mi alma, mente y corazón. Solo con esa sencilla pero profunda y absoluta oración.